





MEJOR MORIR  
QUE VIVIR SIN MATAR

ALDA: PROFECÍA, SAGA  
Y APOTEOSIS



Ricardo Añino

MEJOR MORIR  
QUE  
VIVIR SIN MATAR  
ALDA: PROFECÍA, SAGA  
Y APOTEOSIS





Primera edición: noviembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ricardo Añino

ISBN: 978-84-17362-86-7

ISBN digital: 978-84-17362-87-4

Depósito legal: M-18175-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España



*A María, Miguel e Irene*



Quien está acostumbrado al sufrimiento,  
...quien busca el sufrimiento,  
el hombre heroico,  
ensalza con la tragedia su existencia:  
solo a él escancia el trágico la bebida  
de esta que es la más dulce de las crueldades.

El uso de la mano derecha y de la escritura de izquierda a derecha  
está reservado solamente a los virtuosos, a la gente de «raza».

F. NIETZSCHE  
Turín, 1888, *El crepúsculo de los ídolos*



## Capítulo 0

### Destino

—No quiero matar.

—Es tu deber.

En esa hora, en ese ahora, le entregó su destino, anudó sin piedad pasado y futuro.

Pero, ¡no! No empezaré a contar su historia por el cénit. El sol no despunta por el mediodía, Jesús no nació en la cruz, ni Buda en plácido nirvana. Si lo sabré yo, que la hice. ¿O fue ella a mí?

Dejemos que otros hablen de Alda, que la dibujen con sus manos torpes. La verás reflejada en sus voces y en sus semblantes. Y es que todo lo que sigue es lucha por hacerse con su alma, por hacer su alma.



PRIMERA PARTE  
CANTOS DE GRIOT  
(PROFECÍA)



# Capítulo 1

## Montjuïc

Xin-Barcelona, Euro-China, 1 de enero de 2112

—Hacia ti desciendo, Barceloneta. Negre me acompaña, mi inseparable anverso, hijo él de una cabellera oscura y unos ojos claros. Ambos aceitunos somos, al cabo y al rabo temerosos del chino. Al alba recé a la diosa. Que ella nos ampare. Del festival ya diviso las sobras. Para los perros los huesos. ¿Quién, si no, los roerá?

Pep arrancó a ladrar, pero la risa le amputó el aullido. Las notas jubilosas entrechocaban con rocas y arbustos. A sus pies, un camino angosto, viejo conocido de mil incursiones. La fría mañana prometía ganancia.

Jordi apenas lograba oírle. Se acercó a Pep.

—¿Qué tonterías cantas? —y más serio—. ¿Sabes? Desde aquel día no bajo al puerto a por despojos.

Jordi se llevó la mano a la oreja. Su ausencia le renovó el miedo. Pero se había contagiado del andar jubiloso de su amigo. Echaron a correr loma abajo. No era un invierno severo. Los árboles, los matorrales y las praderas de Montjuïc ofrecían en sus tonos verdosos un vivo contraste al gris plata que relucía en los edificios de xin-Barcelona. Abajo, meta de su codicia, la modernidad, acero y cristal, el fruto del ingenio y el trabajo del hombre. Arriba, bajo sus pies, polvo y plantas, naturaleza que cobija a quien la ciudad expulsa. A sus trece, Jordi Negre y Pep Puyol anhelaban el metal y el vidrio de la urbe encendida. La flora y escasa fauna del monte solo eran paso obligado hasta el botín: los desechos de los festejos de Año Nuevo. Una vez el tesoro en ristre, Montjuïc ofrecería refugio contra las pesquisas policiales.

Pep sacudió la cabellera dorada al viento. La brisa mediterránea henchía sus pulmones vigorosos. Aminoró el paso. Dejó que Jordi le diera de nuevo alcance.

—¿Y esta vista, eh?



El sol brillaba en el mar morado. Xin-Barcelona<sup>1</sup> centelleaba como una vasija de plata que se yergue digna, ajena al jugo derramado de la vid.

—Allá abajo deben de estar dormidos —Jordi respondía a sus temores—. La de anoche fue una gran fiesta. Los fuegos artificiales se podían ver desde el *arrabal*. Si llegamos antes de que limpien las calles, encontraremos algunas piezas de valor.

—Tienes alma de ladrón —quiso decir de esclavo—. Anda, cántame algo.

A Jordi no le gustaba cantar. Tenía mal oído, y peor desde que perdió la oreja. «¿Acaso no me has oído?», le había preguntado el policía chino con mueca sanguinaria y, como no contestaba, con el bambú afilado le partió la oreja en dos. Durante la detención la gangrena hizo el resto. Pero, Jordi no quería que su amigo le viera débil, no esa mañana de Año Nuevo. Se llevó la mano al oído desprotegido y confesó:

—Solo me sé eso que nos enseñaban en la escuela.

—Sabes que no iba mucho. ¿El qué?

Jordi aclaró la garganta, que echaba en falta no haber desayunado.

La gran raza amarilla  
tres veces a Europa humilla  
y aún harta,  
una cuarta

Jordi desentonaba la cantinela infantil, pero no erraba en la letra.

En el Cinco el huno,  
hasta Galia,  
luego Italia,  
galopa como ninguno.  
En pose ferviente  
Atila escucha al Papa,  
contrito el pelo rapa  
y regresa a Oriente.

1 Nota del traductor: En la presente versión en castellano he querido conservar del texto catalán, que es el que principalmente he usado, algunas palabras y expresiones en chino, catalán y afrikáans. He decidido preservar, asimismo, la impericia del autor en la lengua china. La versión catalana, que no se sabe si es original o a su vez traducción, por lo general se limita a recoger de ese rico idioma la versión en pinyin, y en ocasiones lo hace sin anotar los signos correspondientes a los cinco tonos. Así, *xin*, que significa nuevo o nueva, se transcribe aquí simplemente como xin. El autor, o traductor, catalán sí recoge, por el contrario, los dos acentos gráficos del *català* y este traductor los mantiene.



Cae por fin Roma,  
los despojos el germano toma.  
En el Trece Subotai,  
del Gran Kan lugarteniente,  
arduo lucha, ¡caray!  
tiene al Templario en frente.  
En el Quince, moros del Turkestán  
toman Constantinopla,  
Cantan oda y alguna copla  
y allá todavía están.  
Llega, por fin, el Veintiuno,  
no sin gran conmoción,  
asienta su civilización  
el chino, nieto del huno.

Pep no pudo contener la risa.

—Siempre tuviste buena memoria para las estupideces.

—No me olvido de lo que nos enseñaban en la escuela. Hasta recuerdo la definición del párpado chino —entonó como un pupilo—: La brida mongólica o epicanto es el repliegue palpebral superior que tapa la carúncula del lagrimal, prolongándose hacia abajo hasta unirse a la piel del rostro.

—Ja ja. ¡Qué recuerdos! Nunca entendí ni la mitad de esas palabras —Pep guiñó su abultado párpado, signo patente de raza inferior—. Pero, como aún tenemos tiempo, tomo el relevo con una canción un poco más reciente.

Aclaró la garganta e hinchó el pecho. A Pep le gustaba cantar. Con cadencia de rapsoda ofreció a su compañero unas estrofas épicas:

—Cuentan nuestros ancianos padres que les contaron sus padres ancianos... Pero ancianos ya no hay. En Euro-China un aceituno envejece a los cuarenta. Un catarro sin curar, penuria de alimentos, falta el sol. Trabajo, agonía y tumba. Llega el invierno. Mueren como moscas en los aceitustanes, como ratas ateridas en los arrabales. Y, sin embargo, allá, no tan lejos, hay otro mundo. La luz brilla en las cálidas ciudades xin.

»Nublado, un día nublado en tiempo de nubes, día brumoso, sin lluvia fresca, solo nubarrones grises, solo tristeza sola, ¿adónde huyeron las sonrisas? Los dientes blancos, tímidos como los rayos del sol. Nublado. Lo recuerdan los ancianos: un día nublado y otro, ya no sale el sol. ¿Dorará sin sol la aceituna?

»El siervo sin amo no es. Arribaron ellos; alabados sean nuestros señores; calle el que piense mal; su ira es implacable y justa; su nombre no oso

pronunciar. De donde nace el sol nos vino la luz a nosotros, pobres almas aceitunas.

»Recuerdan los ancianos las memorias de sus ancianos padres: Noche de tormenta, las aguas revueltas asían los majestuosos barcos, la tierra por fin ancló. El gran almirante Zheng He, hombre magno pero no entero, bravo eunucón. En días nublados llegaron y nos arrebataron el sol.

»Cuentan nuestros ancianos padres que les contaron sus padres ancianos... Pero ancianos ya no hay. En Euro-China un aceituno envejece a los cuarenta. Un catarro sin curar, penuria de alimentos, falta el sol. Trabajo, agonía y tumba. Llega el invierno. Mueren como moscas en los aceitustanes, como ratas ateridas en los arrabales. Allá, no tan lejos, hay otro mundo. La luz brilla en las cálidas ciudades xin».

El moreno Jordi Negre no había querido interrumpir al rubiales Pep Puyol.

—¿Dónde aprendiste a tatarrear esa tonadilla? —y ante el silencio risueño de su amigo: — Pep, dime, ¿dónde has estado?

—No tatarreo una tonadilla. Declamo un canto.

Pep río y azuzó el paso. De un bote salvó unas espigas que crecían junto al camino. Con un golpe de muñeca arrancó un puñado de granos y los lanzó contra el cielo brillante. En desafío al nublado canto, la ciudad y el mar refulgían.

—¿Bebiste anoche? ¿Vino, cava? Dime. ¿Dónde has estado? Cuenta.

Pep se apresuraba colina abajo, camino del puerto. Montjuïc le abría el paso a trompicones. A mano izquierda se divisaba ya la vieja Barceloneta.

A los trece toda música se canta feliz. Una alegría despreocupada animaba los acordes improvisados. La euforia adolescente ahogaba los gallos que asomaban al gaznate de Pep.

—Bajo hoy al puerto de Barcelona. El Negre me acompaña, ¿a quién temeré? Ni a la policía, ni siquiera al *Servei*. De Cornellà venimos, por l'Hospitalet cruzamos, la montaña de los judíos atravesamos, a la Barceloneta vamos. No tenemos pases, ¡no!, pero Jordi me acompaña. ¿A quién temeré? Temen ellas, nuestras madres, duermen en Cornellà. Se ganan el pan, para arroz ya no da, limpian culos chinos y suelos han de fregar. Somos aceitunos, de la raza català. *Parlem la llengua*<sup>2</sup> común de toda la aceitunidad. Corre Jordi que no llegamos. Anoche festejaron los amos. Hoy los pobres su basura hurgamos. Algo aún quedará.

Jordi corría detrás de su amigo procurando no tropezar. El descenso era pronunciado. La mañana fría, pero, a medida que corría él y el sol despuntaba sobre el mar, comenzaba a sudar. Echaba en falta el desayuno. Se habían

---

2 N.T.: Hablamos la lengua.

dado cita detrás de la estación de autobuses de Cornellà, a las cinco, antes del amanecer. Jordi había pasado la noche con medio ojo abierto. Con el cerrado apenas descansó. Oyó el paso cojo de su madre al entrar en casa. Serían las cuatro. Una larga noche recogiendo vasos, fregando. Minutos después, su madre roncaba el merecido sueño. Jordi desertó las sábanas, entró en sus ropas y salió a la oscura escalera. Bajó los escalones visualizando los que descendería su amigo Pep en un edificio gemelo e igualmente derruido por la penuria, el tiempo y la desidia. Pero ahora sabía que su compañero Pep no había llegado a la cita convenida desde su casa.

Jordi paró en seco. Pep continuó aún unos segundos, hasta que se percató de que su compañero de correrías no le seguía. Con la última zancada dio un salto hacia delante y rodó elástico por una pradera impregnada en rocío. Bocarriba se quedó contemplando una nube que se deshilachaba en el cielo azul. Con las extremidades extendidas abrazaba un mundo celeste sin manchas, ajeno a la tierra que sostenía sus espaldas. Jordi no se acercaba. Pep se levantó de un brinco y se dirigió hacia él.

—Vamos al cementerio —invitó en guisa de orden.

El cementerio judío, el que daba nombre al *mont dels jueus*, el monte de los judíos, quedaba a su media altura. Encaramado a una lápida, Pep podía distinguir a los guardas afrikáners que vigilaban la entrada del puerto controlando la llegada y salida de camiones y el trasiego de trabajadores aceitunos: estibadores, barrenderos, cocineros y algún mecánico.

Para llegar a la Barceloneta Pep y Jordi se subirían en el bus de la Línea 3, el que paraba junto al portón principal del puerto. No llevaban pases. La presencia de dos jóvenes aceitunos en la parada del bus levantaría sospechas entre los vigilantes. Era mejor esperar al cambio de guardia. A las ocho le tocaba el turno a Salchicha, un afrikáner grueso, grasiento y distraído. Una vez Salchicha ocupara su puesto en la garita, aguardarían la llegada del autobús y, cuando el último viajero estuviera a punto de subir, cruzarían rápidamente la calle para entrar de un brinco al vehículo. Pep conocía a la mayoría de los conductores de la Línea 3. Cuando tenía pase, iba a comprar comida a la Barceloneta y, de regreso a la entrada del puerto, se la vendía a los trabajadores. Luego ocurrió lo de ese policía chino y Pep aún no había logrado recuperar el pase.

—Hijo, un chico guapo como tú debe tener cuidado —le repetía su madre con ojos amorosos, temerosos de la atracción de algunos chinos por los niños rubios.

El policía se llevó una patada en los *dídimos*, pero Pep tuvo que salir corriendo y abandonar el pase que le permitía ganarse la vida. Lo de *dídimos* era una expresión que usaba el que Pep creía era su padre, un marinero de

Rodas que visitaba furtivamente su casa cada tres o seis meses, cuando arribaba el carguero de trigo de la ruta Varna-Barna.

Haber propinado una patada en los testículos a un policía chino le daba a Pep una seguridad en sí mismo y una despreocupación frente al peligro que Jordi solo podía envidiar. Al moreno Jordi Negre la brutalidad de las fuerzas de seguridad euro-chinas se le hacía patente en su oreja ausente, pero más dolorosamente aún en la cojera de su madre. Ella nunca había participado en protestas ni en reivindicaciones. Una tarde, al salir del trabajo, se alejó de unos manifestantes que tiraban piedras, pero no lo suficiente. La policía cargó a caballo. La nariz fracturada sanó, los moratones acabaron borrándose de su piel morena, la sangre la lavó con el mismo empeño en los nudillos que empleaba en la ropa de sus amos chinos. Pero la pierna cojeaba sin remedio. El policía la tiró al suelo. Trató de levantarse. Ella se disculpó. Él le afeó la belleza aceituna y dejó que el caballo estampara las pezuñas aherrojadas en los huesos de la mujer, hasta que ya no gritó. Jordi rehuía los caballos. Su trote resonaba en sus oídos como el chasquido del bambú que le arrancó la oreja.

Quedaba más de media hora para el turno de Salchicha. Pep y Jordi buscaron acomodo sobre sendas tumbas y fantasearon acerca de las riquezas esparcidas por las callejuelas de la Barceloneta. Imaginaron a quién se las venderían y qué harían con los yuanes frescos.

La noche anterior el *Servei de Seguretat*<sup>3</sup> había limpiado la Barceloneta de putas, putos y camellos, para que los euro-chinos festejaran el Año Nuevo 2112 con quienes trafican y se prostituyen bajo control del Servei y se someten a su diezmo. Para un policía chino tratar con la escoria de una raza inferior era una tarea desagradable pero remunerada por doble vía, salarial y coimal.

—Anoche escuché a Saliú Traoré —confesó finalmente Pep, ya que Jordi no insistía.

Jordi habría querido jalearse el nombre del famoso griot, pero había optado por no mostrar interés. No mordería el anzuelo. Pep le había desvelado el autor de sus canturreos, pero Jordi no le preguntaría por su voz grave, por su ironía mordaz ni por su proverbial memoria para narrar la llegada de los chinos a Euro-China.

—¿Crees que encontraremos alguna tableta? —Jordi cambió de tercio—. En la confusión de la noche más de un chino borracho habrá extraviado la suya.

—Hablando de tesoros. Mira lo que hay aquí.

Una pieza metálica asomaba por la hendidura entre la pared y la lápida sobre la que descansaba Pep. El muchacho escarbó. Rescató un colgante de plata.

—¡Una cruzestrella!

---

3 Servicio de Seguridad.

Así se conocía vulgarmente el símbolo amalgama de cruz cristiana y estrella judaica. Décadas atrás, cuando los euro-chinos rescataron a los judíos de Israel de la amenaza árabe islámica, esos amuletos, reunión de la cruz cristiana china y la estrella de David israelí, se pusieron de moda.

—La venderemos bien. Espera. Por detrás hay una inscripción en chino.

—A ver.

En el travesaño inferior de la cruz aparecían inscritos los caracteres 报国, finamente cincelados en la plata. Pero una mano tosca había rallado el metal para introducir entre los dos anteriores un nuevo símbolo: 中.

—Jordi, a ti se te da mejor el chino que a mí.

Jordi Negre escudriñó el amuleto con ojos expertos.

—Los dos caracteres grabados, *bào guó*, serían algo así como «sirve a tu país». Y si metes en medio el símbolo, *zhōng*, que quiere decir «medio», *zhōng guó*, significa China.

—Ponte al servicio de China —resumió Pep Puyol—. Un amuleto de fidelidad a la madre patria. Así lo venderás mejor. Quédatela tú. Tengo la intuición de que en la Barceloneta voy a encontrar una tableta. No voy a saber qué hacer con tanto dinero.

Jordi se guardó el amuleto en el bolsillo. La conversación volvió sobre las tabletas. Xiaomi acababa de lanzar la Nai 8.8, que los aceitunos llamaban *Molt fort VuitVuit*<sup>4</sup>. En Navidades 50 mil aparatos habían salido a la venta en xin-Barcelona. Se habían agotado en horas. Entre los chinos había una gran demanda que doblaba el precio oficial. En los aceitustanes catalanes el modelo estaba prohibido, por lo que allí podía alcanzar los mil yuanes, más de lo que las madres de Jordi y Pep ganaban en tres meses sacando brillo a los suelos de los escrupulosos chinos. Pep conocía a un comprador aceituno. Era el jefe de orden y seguridad, *cap d'ordre i seguretat*, del grecolat que por raza las autoridades habían asignado a Pep y a su madre. Era el mismo aceitustán al que pertenecía Jordi, Vielha-la Vella, un gigantesco estercolero humano y ecológico entre el Valle de Arán y Andorra, en los Pirineos orientales. Los dos amigos necesitaban el dinero para comprar pases falsos. No querían que les pararan en algún control y les devolvieran al aceitustán.

Pep quiso olvidar los peligros que cercaban su vida de ladronzuelo. Era el primer día del año 2112, capicúa, bisiesto, divisible por tres, por once, por ocho y de nuevo por ocho. Era difícil que un año encerrara en su número mejor suerte. Cómodamente tumbado sobre la tumba de piedra caliza, prefería revivir los recuerdos de la noche anterior.

4 En pinyinín Nài es duro, resistente, como el *fort* catalán. Vuit es ocho en esa lengua.



—Jordi, olvida las tabletas por un momento. Te digo que vi a Saliú Traoré, el griot soninké. ¿A que no sabes qué es eso de soninké?

Pep no había aguantado ni dos minutos de fingido desinterés, se dijo Jordi.

—Los soninkés son una sub-raza de negros —explicó Pep—. Algo así como los catalanes, galaicos, albaneses o malteses, que somos sub-razas de aceitunos. Los soninkés tienen una voz melodiosa y una excelente memoria. Son más de hablar que de trabajar, como los napolitanos y los andaluces. Por eso los trajeron los chinos, para que nos enseñaran nuestra historia. Ejercen el oficio de griot.

A Jordi le bastaba una leve mirada de reproche. Pep extendió las manos pidiendo disculpas.

—Lo sé. Debí haberte avisado, pero me llamaron tarde, de noche. Querían a un chaval para despistar al *cap d'ordre* del arrabal.

—¿Dónde?

—Cerca de casa, en Cornellà mismo, en João dos Pinos, la zona de los galaicos. Fuimos a un xa-vin<sup>5</sup>.

—Fuiste, no fui —Jordi se irguió desafiante sobre la lápida.

—Espera que te explico.

—Juramos que la primera vez iríamos juntos.

Pep saltó desde la tumba y aterrizó en el suelo polvoriento. Sentía que perdía la discusión y necesitaba hacer valer su mayor altura. Con trece años, la altura y la musculatura son argumentos irrefutables. Desde la seguridad que le daba su nueva posición, optó por abandonar las explicaciones y retomar su relato.

—Lancé unas piedras al *cap de seguret*. El tipo estaba apostado a la entrada del arrabal, por la intersección entre la C-2 y la C-23. Me persiguió, tuve que correr y esconderme, pero el coche pasó sin que nadie lo revisara.

—¿Qué coche?

—El de los que me hacían el encargo, un ByD<sup>6</sup> blanco, sucio y destartado, con una llanta de recambio atrás a la izquierda.

---

5 En los aceitustanes y arrabales un xa-vin (plural, xa-vins o xavines) es un bar informal, cuando no clandestino. Los xavines son regentados por aceitunos o africanos. Se especula sobre el origen de la palabra aceituna xa-vin, pronunciada sha-bín. En galaico la palabra «xa vin» quiere decir «ya vine», «ya llegué», pero también «ya vi», y hace referencia a que en esas tascas se sirve vino de baja calidad, vino recogido de los fondos de vasos o de botellas de chinos. Es, pues, un vino que ya ha sido visto en otra ocasión y en mejores circunstancias. Hay quien alude, no obstante, a un posible origen africano de la palabra. En Sudáfrica un *shabeen* (igualmente pronunciado sha-bín) era un bar clandestino en las zonas segregadas donde vivían los negros cuando, en tiempos remotos, en ese país mandaban los blancos.

6 *Build your Dreams*, compañía china de automóviles. En China algunas compañías mantienen nombres ingleses como marca *vintage*, en recuerdo a una época en la que ese idioma fue globalmente dominante.



Jordi no estaba para bromas.

—Los que me pagaban querían meter a un chino de tapadillo. Ya sabes como a algunos les gusta venir a nuestros arrabales para vernos en nuestro entorno natural, para beber en nuestros xavines.

Jordi se acicalaba la ropa y el pelo. Las tumbas estaban cubiertas de polvo. Fingía estar más ocupado en devolver el brillo a su cabello negro que en el relato. Pep siempre le decía que tenía el pelo tan oscuro que parecía chino. Le salvaban los rizos.

—¿Y cuánto te pagaron? —preguntó Jordi por saber el precio de la traición.

—No hablemos de dinero. Ya sé que te debo. Pero justo en eso del dinero está el asunto. Nadie apareció en el punto convenido para pagarme. Así que me puse a buscar el coche blanco. Estaba estacionado junto a la Torre de la Creu. ¿Sabes? El xa-vin de Torres Cruz, el portugués. Ahí se canta, se bebe, se juega. Hay negros, galaicos y, cómo no, algún chino aventurero.

—Vale, acorta, que en unos minutos llega Salchicha. Tenemos que ir bajando.

Pep se dio la vuelta, y dirigiéndose a la salida del cementerio, soltó con voz desganada, como quien deja caer el telón minutos después de que se haya vaciado el teatro.

—Y allí estaba mi cliente, reconocible bajo su disfraz, cielito lindo Tian Tian.



## Capítulo 2

### Pedralbes

El sol asomó a las ocho y cuarto con timidez invernal. Mercè Negre se había acostado hacía apenas cuatro horas tras trabajar diez sin pausa. Pero en cuanto el día empezó a clarear, Mercè se levantó. A quien está acostumbrada a servir no se le pegan las sábanas. Durante veinte años había llevado a camas chinas el té recién hervido, el zumo recién exprimido y el pan recién horneado para que los ni recién levantados retomasen fuerzas. Nunca le tembló el pulso al llevar la bandeja, de plata o de bambú, hasta las immaculadas camas de sus amos. Mercè se acercaba al dulce tálamo en el que una bella princesa china, acodada sobre néveas almohadas de fino algodón, aguardaba escasamente hambrienta el desayuno.

Cuando Jordi cumplió los diez, hacía ya más de dos años, Mercè se graduó del servicio doméstico. Su madre había enfermado y desbarató su vida. La abuela ya no podía cuidar al pequeño Jordi en la modesta pero luminosa casa del aceitustán de Vielha-la Vella, así que lo envió junto a la madre. Mercè no podría seguir de interna. Si dejaba el servicio doméstico, perdería el permiso para dormir cerca de xin-Barcelona. En el lejano aceitustán le aguardaba una vida de miseria. Cultivaría un pedregal, que era toda la riqueza familiar, y legaría a su hijo el mismo futuro. Mercè nunca olvidaría la generosidad de su ama. La señorita Luo Xiaohui le consiguió un nuevo trabajo por medio del cual pudo renovar el pase con autorización para dormir en el arrabal de Cornellà. El padre de Xiaohui era dueño de los grandes almacenes Diàn. El señor Luo pidió a su amigo y socio, el señor Jiuba, que contratara a la aceituna Negre y, así, una mañana de marzo Mercè empezó a trabajar en la empresa de catering del señor Jiuba<sup>7</sup>.

---

7 En chino Diàn es tienda. Luo es un apellido muy común en Guangdong. Xiaohui se podría traducir como pequeña sabiduría. Jiübā significa bar o taberna. La elección de nombres, que recoge tanto la versión catalana como la gallega, hace pensar que se intenta ocultar los de

En honor a su apellido, Mercè Negre era de piel morena, oscura pero con brillo, de una tonalidad que no asustaría a un chino, más bien al contrario, que podría despertar en él la curiosidad por lo exótico. Mercè sabía servir. En Hào chī shípín<sup>8</sup>, Comida Sabrosa, el catering más exclusivo de xin-Barcelona, Mercè conoció a Àngels. Fue durante su primer servicio. Se sonrieron a la sombra de una áspera bronca del supervisor, cenaron juntas las sobras que no habían terminado en la basura y, acabada la jornada, se despidieron con ganas de volver a verse. Àngels le recomendó un edificio de apartamentos en Cornellà, un lugar barato, seguro para ella y su hijo, y no lejano de su propia casa.

El arrabal de Cornellà estaba a apenas quince kilómetros del centro de xin-Barcelona, pero era el reverso siniestro de la moderna capital de Euro-China. La basura se amontonaba en las esquinas a la espera de los miércoles de recogida y los viernes de quema. En las plazas merodeaban ladrones y maleantes. En las aceras dormitaban borrachos y drogadictos al calor de alguna hoguera improvisada. Perros malsanos olisqueaban las cenizas todavía humeantes. Un cartel destartado anunciaba una escuela, otro una barbería y aún otro soluciones ginecológicas para quien no deseara aumentar el número de los miserables.

—Mercè, no tomes esa achicoria. Anoche cogí dos saquitos de té.

—¿Arriesgas tu trabajo y tu pase por dos cochinas bolsas de té? Estás loca.

—Sabes que soy cauta. Además, a ellos les sobra, más aún en una noche como la de ayer. Estoy cansada de servir bebidas deliciosas y tener que beber hierbas insanas.

Àngels retiró la cacerola del fuego. Empezaba a hervir. Las dos amigas habían fabricado una precaria cocina con unos ladrillos. Una plancha aherrumbrada protegía el fuego del viento. Cuando las dos se juntaban, Mercè cogía una rama y, a brinquitos impuestos por su cojera, barría las hojas y papeles que el viento arrastraba hasta su improvisado salón. En el círculo de tierra en derredor de los ladrillos Mercè nunca encontraba colillas de tabaco. Los chicos del barrio respetaban el rincón del té bajo la vieja higuera. Era el espacio de la señora Mercè, la coja de deliciosas caderas. Pese a la omnipresente violencia, en el barrio se veneraba a los mayores.

Mercè acercó su silla a la mesa de formica. Un mantel a cuadros rojos y blancos raído pero sin mancha y unos lirios frescos completaban un ajuar compuesto de dos tazas de loza amarillenta, tres platos de varias hechuras, sendas cucharillas de

---

conocidas familias chinas.

8 Por alguna extraña razón y contra su ignorante costumbre, en ocasiones el texto del traductor catalán recoge los acentos del pinyin. Yo los mantengo, corrigiendo los que estaban mal puestos.

acero y un azucarero de latón decorado por un irregular barniz de óxido. El té olía a té. Los vapores aromáticos diluyeron el enfado de Mercè.

—Ayer éramos veintidós sirvientas, tres cocineros y nueve ayudantes de cocina —Àngels hacía revista mental de los uniformes, todos de estreno, tintados según oficio y rango—. Eso sin contar con el personal del señor Tian, comandado por ese mayordomo que no te quitaba ojo.

—Calla. Pero si es un viejo —Mercè se sonrojó a su pesar.

—Hay viejos que conservan el brío hasta la tumba.

Àngels Puyol tenía la tez clara, el cabello castaño con brillos rojizos. Su pase le otorgaba talla de 161 cm, raza aceituna y etnia catalana, perteneciente al aceitustán de Vielha-la Vella, con permiso para trabajar en xin-Barcelona y residir en Cornellà. El pase de la Autoridad Euro-China para Razas Acogidas recordaba el nombre de su padre, Pere, y de su madre, Jacobina. De su padre Àngels solo tenía conocimiento por lo escrito en ese trozo de metal plastificado. De su madre guardaba recuerdos que comenzaban a palidecer.

—Viejo, pero con dinero. Debe llevar más de veinte años en casa de la familia Tian.

—¡Qué gran fiesta! Es un palacio precioso, palacete, como dicen ellos — Mercè alejaba la conversación de las alcahuetas intenciones de su amiga—. A mi hijo Pep le habría entusiasmado la casa. Cuando paseo con él, escudriña los edificios. Un día será albañil.

—Una gran fiesta, sin duda. La señora estaba radiante.

—¿Y qué me dices de su entrada en escena? Les dejó boquiabiertos. Casi se me caen las copas de la bandeja. Bajó las escaleras de mármol nadando en ese vestido de seda roja. La señora Tian recordaba a una emperatriz de esas películas, la protagonista de *Pabellón rojo*...

—De las revistas reconocí, por lo menos, a diez personas. Yanyuan Cheng y Geshou Fai, el dueño de los supermercados Jieyue y la propietaria de las tiendas Estalvi<sup>9</sup>. También estaba el Comisario de Justicia Fa, con su nueva mujer, y el general Dilong, viudo y acompañado, como siempre, por su bella hija.

—Calla, Àngels. No me hables de ese señor. Cuando el mayordomo anunció su llegada, yo estaba en la entrada sirviendo el Priorato. Escuché su nombre y, como si oyera mentar al diablo, me aparté de un bote. Quise salir de en medio, no me dio tiempo y casi me doy de bruces con él. Se me heló la sangre. ¿Cuánta gente no habrá muerto por orden suya?

—¿Quién lo diría? Tiene uñas de buena persona.

---

<sup>9</sup> Este traductor se limita a traducir nombres que parecen de fantasía: Yanyuan significa actor, Geshou cantante, Jieyue ahorro (lo mismo que Estalvi en catalán) y, más abajo, Fa es ley.

Mercè miró con extrañeza a su amiga. Mercè Negre era más morena que su compañera, mucho más morena. De cabellos azabache y enormes ojos oscuros, Mercè se ajustaba al ideal de mujer aceituna. Unos senos prominentes y unas caderas generosas redondeaban la imagen de aceituna sensual, de risa pronta y moral ligera. Una cojera en la pierna izquierda le hacía menear el cuerpo más de lo que ella quisiera y provocaba que pecho y trasero rebotaran en brincos que hacían las delicias de los vecinos, de más de un compañero de trabajo y, a escondidas, hasta de algún patrón chino. La clave de su éxito como camarera en el servicio de catering del Sr. Jiuba radicaba en que tanto sus modales como su vestimenta eran cuidadosamente modosos. Mercè, pese a su cuerpo voluptuoso o quizás porque debía domarlo, era una mujer cauta, sigilosa. Con ese cuerpo y otro carácter, algún cliente se habría sentido tentado. Pero tentar al chino a que se rebaje con carne aceituna era algo que acababa invariablemente en despido y un mínimo de 30 latigazos de *sjambok*.

—Te vi huir como alma que lleva el diablo —comentó Àngels— y me dije: debo cubrir a mi amiga. Así que me acerqué a él con la bandeja de las bebidas. El general estaba con el obispo Zhujiao. Me pidieron sendas copas de Chianti...

—Se pronuncia Quianti.

—Como sea. Solo sé que es carísimo y que el señor Tian guarda un centenar de botellas en su bodega. Bajé al sótano a buscar el Chianti.

—Esa cava es diez veces nuestras casas juntas —dijo Mercè.

La noche anterior el sumiller había aleccionado a los sirvientes sobre los vinos. La cava estaba construida en ladrillo rojo, organizada en torno a amplias bóvedas. Un moderno sistema mantenía el recinto y sus vinos a 13,2 grados centígrados. Un almacén de puertas metálicas refrigerado a 8,5 grados albergaba blancos y espumantes, los preciados cavas catalanes. En preparación de la fiesta de Nochevieja el sumiller había aturdido a las camareras con una retahíla de nombres que enumeraban los más exquisitos vinos de las diez provincias de Euro-China<sup>10</sup>: Porto y Albariños de Galaicos; Navarra y Rioja alavés de Pirenaicos; Priorato y Ribera del Duero de Cataluña, y de esa insigne región también los preciados cavas; Côtes du Rhône y vins de Papes de Ródano; Chianti y Sicilia de Napolitania; Apulia de Adriática; Fruska Gora y Moravia de Danubio Central; del Danubio oriental, Khan Krum; Nemea de Helénika, y, por fin, Rodas y Gellewza de Nesia. Lo más impresionante de tan magna colección es que todas las botellas procedían de viñedos propiedad del magnate Tian Hui.

---

10 Me permito sugerir al lector que consulte en el apéndice el listado de las diez provincias de Euro-China.

—Serví Chianti al obispo y al general—prosiguió Àngels—. El jefe del *Servei* cogió la copa de mi bandeja. Vi que tenía dedos largos, uñas finas, firmes y bien cuidadas. A los hombres crueles les quedan trazas de la violencia en las uñas: o se las muerden por remordimiento o se les rompen golpeando sus víctimas.

—Tienes unas teorías muy curiosas. Solo sé que Miriam Ferrer estuvo una temporada limpiando en la sede central del *Servei de Seguretat*, la que queda junto al parque de la Ciudadela. Una noche volvió al bloque de apartamentos blanca como un fantasma. Había vomitado por el camino y, al llegar a casa, volvió a vomitar. No quiso contar qué es lo que vio al vaciar los cubos de basura. Los del *Servei* son unos carniceros y al que tú serviste vino con esas uñas tan primorosas, el general Dilong, es el jefe de carniceros.

Mercè se sirvió otro té con un par de cucharaditas de miel. Àngels no quiso más té. Estaba molesta. No le gustaba que le contradijeran en sus apreciaciones sobre la gente. Sabía leer el alma en las manos y uñas.

—Después del teatro de sombras y antes del baile —Àngels adoptó una voz sombría, en consonancia con la descripción que su amiga hacía del hombre de uñas cuidadas—, el señor Tian llamó al general a la biblioteca. El mayordomo me dijo que les llevara dos vasos de agua.

Los ojos de Mercè delataban expectación.

—Puyol —retomó la Negre—, sabes que cuando los hombres hacen negocios, beben whisky. Si hablan de política o de cómo fabricar un mundo mejor, toman vino. El agua, sin embargo, la reservan para cuando la preocupación les llega al gaznate.

—Déjate de rodeos. Les llevaste agua y...

—Les llevé agua y al abrir la puerta, ya sabes que soy muy silenciosa, tras franquear la puerta, escuché al señor Tian decirle al señor Dilong: «Mi hijo Tian Tian no está en la fiesta. ¿Sabe usted, general, dónde está mi hijo?»